

Zygmunt Bauman

Liquid Modernity

(Cambridge —Reino Unido—, Polity Press, 2000)

Zygmunt Bauman

Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds

(Cambridge —Reino Unido—, Polity Press, 2003)

Zygmunt Bauman —nacido en Polonia en 1925— es un sociólogo europeo prolífico y crítico. Un pensador sorprendente. Quienes hace unos años leyeron su Sociología marxista —vademécum de la progresía— no reconocerían ahora al autor de *Liquid Modernity*, ni mucho menos al de *Liquid Love*¹. Se ha transformado al postmodernismo, al análisis de la emancipación humana, el individualismo, las nuevas ideas sobre comunidad, y del reino de las ideas. Durante unos años se dedica al tema de la mortalidad e inmortalidad. Luego elige el tema de moda y publica *Globalization*, a modo de manifiesto; lo desarrolla mejor en *In Search of Politics*. Le preocupa sobremanera algo ya viejo pero irresoluto: el análisis socioló-

gico de las relaciones entre espacio y tiempo. También las tensiones entre comunidad e individualismo. Su objetivo es diseccionar las condiciones cambiantes de la vida política y social contemporánea. Para ello cuenta con una doble perspectiva: británica (Leeds) y polaca (Varsovia). Es un testigo de la desorientación de la población en el siglo XXI.

En el panorama de la Sociología europea, Zygmunt Bauman es maestro indiscutible. La dificultad está en entenderle, seguirle, sumergirse en sus páginas. Los temas parecen obvios y sencillos, pero comprender lo que sugiere sobre amor o modernidad es tarea complicada. Los estudios sociológicos sobre los sentimientos humanos, los *habits of heart*, suelen ser lo contrario de lo que se espera. La sociedad contemporánea crea conflictos en las personas, precisamente entre lo que se siente y lo que se hace, entre lo que se sabe y la acción. Deseamos, con esta reseña combinada, estimular a la lectura de Zygmunt Bauman, a debatir sobre sus ideas publicadas en un inglés con acento polaco. Demuestra una capacidad crítica impresionante... incluso consigo mismo. Los libros de Bauman dan pie para seguir explorando la realidad social, para seguir pensando. El propio Bauman no es nada celoso de sus conceptos ni ideas: las pone al servicio de los/as demás.

¹ Los dos libros son: Zygmunt Bauman, *Liquid Modernity* (Cambridge, Reino Unido: Polity Press, 2000), 228 pp., y Zygmunt Bauman, *Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds* (Cambridge, Reino Unido: Polity Press, 2003), 162 pp. Del primero hay una traducción al castellano, como *Modernidad líquida* (México DF: Fondo de Cultura Económica, 2003), 232 pp. El primero incluye un prefacio titulado «On Being Light and Liquid» y un anexo final titulado «On Writing: On Writing Sociology».

Bauman es conocido en España, especialmente, a partir de 2003. Fernando Vallespín le realiza una entrevista que publica *Babelia*, en *El País*². La condición postmoderna supone el sentimiento —y realidad— de desorientación del ser humano contemporáneo. Hay también un sentimiento de impotencia, entre lo que las personas saben y lo que pueden hacer. Cada vez más la población es testigo de «cómo se hace el mal». Una frase en la entrevista del 2003 nos ofrece una pista para su preocupación posterior por esa desorientación de los/as jóvenes: «Si la capacidad de carga de los puentes se mide por la fuerza de sus pilares más débiles (y no por la media estadística de la fuerza de los pilares), la solidaridad de una comunidad se mide por el bienestar y la dignidad de la vida de sus miembros más débiles». Hay una tensión, pues, entre conocimiento y acción, así como también entre seguridad y libertad. Con estas contradicciones nace el concepto de «modernidad líquida», que desarrolla posteriormente en los dos libros que citamos aquí. Fernando Vallespín interpreta así esa modernidad líquida: «Uno de sus rasgos principales consiste, precisamente, en el debilitamiento, cuando no la quiebra total, de los tradicionales lazos sociales “comunitarios” —de la familia, la clase, la religión—, que corren parejos a la sustitución de un sistema de solidari-

dad público por la búsqueda de soluciones privadas a la mayoría de los problemas sociales. Se ha abandonado el impulso de la modernidad clásica por establecer un control político de la inestabilidad social. Su lugar ha sido ocupado por la supuesta capacidad regulativa del mercado. O, lo que es lo mismo, que cada cual se busque la vida». Una opción, cada vez más generalizada, es enfrentarse a esta situación en solitario, en una comunidad de no-pertenencia. Se disfruta así de la inestabilidad. Lo que llama la atención de los sociólogos/as es la incapacidad de las personas de enfrentarse a esos problemas sociales mediante la acción.

Lo más revolucionario ha sido «la segunda modernidad» o, dicho de otra forma, *la modernización de la modernidad*. En esto están Ulrich Beck y Zygmunt Bauman de acuerdo. Ya no vivimos en una modernidad dura o concienzuda, sólida. Ahora la modernidad es suave, ligera, incluso líquida. Fluye constantemente. La vida social parece que no está estructurada; es como si fuese líquida. Se pone de moda —copiado de la cultura japonesa— lo que es frágil y dura poco: las relaciones interpersonales, los cerezos en flor, el vuelo de la mariposa, el perfume, las luciérnagas, el amor, o la propia modernidad. Todo lo que dura, agobia. Antes, sin embargo, *durabilidad* era una característica positiva. En

² Fernando Vallespín, «Entrevista: Zigmunt Bauman. Entre lo que sabemos y lo que podemos hacer hay una brecha que no sabemos cómo superar» (*Babelia*, *El País*, sábado 10 mayo 2003). Ver también la crítica del libro *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil* (Madrid: Siglo XXI, 2003), 185 pp., de Fernando Vallespín, «La comunidad de lazos ligeros» (*Babelia*, *El País*, sábado 10 mayo 2003). Algunas de esas ideas las desarrolla en el prólogo al libro *Madrid 11M: Un análisis del mal y sus consecuencias* (editado por Trotta, en Madrid, 2005).

una sociedad fluente, cambiante, el éxito está en la velocidad. No hay que poner cariño en las casas, fábricas, empresas, sociedades anónimas, ni proyectos. La propiedad deja de ser algo estable, deja de formar parte de un proyecto de vida con el que identificarse. El éxito está en pensar en lo que viene después, en abandonar el presente y programar el futuro. Se planea un futuro que nunca llega, y el presente se convierte en un perpetuo mañana. La situación habría hecho sonreír a José Mariano de Larra. El compromiso pasa a ser con el mañana, olvidando el presente, aunque el futuro sea caótico, desorganizado y, por definición, imprevisible e incierto. Vivimos una sociedad de la incertidumbre. Beck la denomina sociedad del caos o del riesgo. Es una *sociedad desorganizada*. En realidad, siempre ha sido así³. La diferencia es que hoy la misma incertidumbre no preocupa, incluso es un valor positivo⁴. La clase alta es cosmopolita, no sabe dónde va a vivir el año que viene, no le importa. Más bien le preocupa seguir en la misma ciudad, y tener el mismo empleo. Para Bauman, lo que define las clases sociales actuales no es el dinero, ni la sangre, ni «quién es tu padre». Lo que diferencia es viajar, moverse, sin fijarse en el espacio ni en el tiempo. Lo que gobierna el análisis sociológico son las viejas categorías de *espacio* y *tiempo*, cuya relación es lo que ha cambiado en esta segunda modernidad.

No hay ya un espacio fijo, ni un tiempo que constriña la vida social. El espacio es cada vez menos importante. Contestamos al teléfono móvil (celular) desde cualquier sitio. Ya cada vez importa menos dónde están las personas. Es el paso del tiempo lo que marca todo. Para los que vivimos en continentes separados, la única complicación es que hay que pensar mentalmente en las horas de diferencia. Pero el día se transforma en 24 horas, pues cuando una persona se acuesta la otra persona se levanta. Lo que antes era una realidad sólo para los corredores de bolsa, pasa a serlo para toda la población. La fluidez es una característica de la sociedad actual, y las personas que la componen tienen que adaptarse a ella. En una sociedad tradicional, sólida, el paso del tiempo tenía poca importancia, precisamente porque las estructuras cambiaban lentamente, a menudo no se alteraban en varias generaciones. Actualmente, la *T* mayúscula —el tiempo— es el factor fundamental de la vida social.

El sector económico es el primero en apreciar la importancia de la fluidez. La insistencia se pone en liberalizar, des-regular, flexibilizar, apreciar la temporalidad y la provisionalidad. Cada vez más empresas —la propia Universidad— ya no se basan en contratos fijos, de funcionarios, sino en profesores asociados, en

³ Ver el libro *El mito de la sociedad organizada*, de Jesús M. de Miguel (Barcelona: Península, 1990), 171 pp.

⁴ «A la fuerza ahorcan», dice el refrán: los valores de los/as jóvenes no difieren tanto de los de sus padres. El problema es que no gozan de los mismos recursos que sus padres, y por lo tanto no pueden seguir las pautas tradicionales. Eso aparece mejor en el libro de Pau Marí-Klose, Marga Marí-Klose y Jara D. Sánchez, *La edad del cambio* (en prensa).

contratos provisionales, a menudo denominados «contratos basura». Para personas móviles, un contrato temporal, de *free lance*, con *soft money*, y muchas *weak ties* (como el celebrado artículo de Granovetter «La fuerza de las uniones débiles») es lo que cuenta. Los modernos revolucionarios, reflexiona Bauman, ya no saben dónde atacar; ya no se insiste en construir un orden nuevo. Los centros de poder son etéreos, móviles, cambian constantemente. Hasta la guerra se hace ya sin un enfrentamiento corporal en tierra. Aviones invisibles descargan bombas y desaparecen. La importancia ya no recae tanto en el espacio como en la movilidad, que es lo que cuenta. Bauman sorprende al presentar esta sociedad inhumana sin caer en actitudes moralistas. Sólo al final del libro *Liquid Modernity* tiene un epílogo, estupendo, sobre «On Writing: On Writing Sociology», en el que plantea la responsabilidad de la Sociología. Pero comentamos eso luego, pues todavía nos queda decir algo sobre la liquidez de la modernidad.

El centro del argumento es la relación cambiante entre espacio y poder. Escribir estas páginas entre Harvard (Massachusetts) y Elizabethtown (Pennsylvania), con dos ordenadores, a través de internet, es una demostración de lo que se quiere explicar. De forma similar, Bauman lo piensa en polaco y lo publica en inglés en el Reino Unido. A propósito escogemos dos libros y no uno. Se trata de analizar la evolución de su pensamiento a lo largo de un lustro. Las ideas están ahora en el espacio, o sea, en ningún sitio sólido. Hay revoluciones de ideas, pero ya no son contra el poder, pues el poder se ha convertido en extraterritorial. Su estrategia actual es desaparecer, evadirse, fluir. Nos hemos con-

vertido en nómadas, cuando en los dos siglos pasados ser nómada era una característica típica de exclusión social. Los/as gitanos y beberes eran nómadas. Ahora lo es la clase alta, lo es el poder. «La mayoría establecida es mandada por una elite nómada y extraterritorial» (p. 13). Los objetos, sobre todo los más preciados, apenas tienen durabilidad. En cuestión de meses, este *PowerBook G4 de 17 pulgadas* estará obsoleto. Incluso mientras escribimos esta reseña entre dos países (primero fue Reino Unido y Francia, luego España y Estados Unidos, ahora Massachusetts y Pennsylvania), nuestra comunicación se ve asaltada por la odiosa noticia de «*Hay una nueva versión de... ¿quiere usted descargarla ahora o espera dentro de un rato?*». Afuera sigue nevando, nieva sobre nieve. También la nieve es fluida, se funde. Para que el poder sea fluido requiere de la ausencia de fronteras, vallas, barreras. Los historiadores interpretan o explican la realidad, no la inventan. La Sociología debe abstenerse de moralizar sobre el des-orden social y dedicarse a entenderlo y comunicarlo.

Comprender algo es parte de la terapia, incluso de la curación. Bauman cita a Theodor W. Adorno afirmando que «la necesidad de pensar es lo que nos hace pensar». La dificultad mayor para un sociólogo/a no está en describir grandes revoluciones, sino en analizar lo obvio, doméstico, autoevidente, cotidiano. Bauman analiza cosas obvias como el amor y la muerte, la vida social, la individualidad, el sentido de grupo, la vida en comunidad, la desorientación y confusión de las personas. «Los humanos somos, no sólo, los héroes de la Historia, sino también sus víctimas». Los buenos sociólogos/as no tienen país, no analizan Guernica o

Toboso. Todavía hay políticos/as, dice Bauman sorprendido, que descubren su vocación tratando de construir naciones-estado, con un solo derecho, una lengua, una única visión del mundo, una historia... y un futuro. El análisis sociológico valioso no tiene fronteras, se realiza desde el exilio. Ese exilio puede ser interior (en España), como el de Esteban Pinilla de las Heras en *La memoria inquieta*, o exterior (en Marruecos), como en el caso de Juan Goytisolo. Nos fascina el exilio intelectual de Pedro Salinas y Jorge Guillén, así como el de otros de la generación del 27. O el exilio del propio Zygmund Bauman. En el exilio, el poder de las palabras se agranda. Entonces el lenguaje se llena de sorpresas y de descubrimientos. Bauman cita a Goytisolo citando: «Si uno vive sólo en el presente, se arriesga a desaparecer junto con el presente» (p. 205). Lo importante no es quedarse, sino partir: salir y viajar hacia lo desconocido, arriesgando todos los riesgos, asumiendo los placeres y peligros que nos depara ese «desconocido» —viaje al fin de la noche—, incluso el riesgo de no volver. El intelectual de verdad no tiene país, ni hogar, sino que es móvil, asumiendo varias culturas y pensamientos. Precisamente el hogar se construye entonces sobre el lenguaje, en una montaña de pala-

bras. Las palabras pueden ser cárcel, pero también alas. Analizar la situación social desde afuera es un requisito ético que ya Max Weber aconseja. El sociólogo/a serio está comprometido con la situación social que analiza, pero a su vez mantiene una distancia suficiente con el objeto de análisis. Cada realidad social puede ser un universo lingüístico diferente.

Para crear hay que contravenir normas. Las personas exiladas lo son porque no conocen todas las normas locales y, con frecuencia, están contraviniendo alguna norma. Un intelectual demuestra su valía rechazando integrarse en una comunidad determinada. Un buen ejemplo de ello es Edward W. Said. Léase con atención y parsimonia su excelente libro *Representations of the Intellectual*. Dado que fueron unas conferencias a través de la BBC, aconsejamos leerlo en voz alta, como si fuese poesía⁵. Si se quiere leer algo más castizo, recomendamos la correspondencia entre Pedro Salinas y Jorge Guillén, desde 1923 hasta la muerte de Salinas en 1951⁶. La discusión del exilio de esa generación del 27 es un tema fascinante. Pero, volviendo a Bauman, el mundo se ha convertido en un territorio flotante en el que individuos frágiles se enfrentan a una realidad porosa. Es curiosa esa insistencia

⁵ Aquí disintimos: Jesús cree que la poesía hay que declamarla en voz alta; Jara considera que debe disfrutarse en silencio. Pero es posible también que las palabras adquieran un significado distinto oídas por la radio, como es el caso de Edward W. Said, *Representations of the Intellectual: The 1993 Reith Lectures* (Nueva York: Vintage Books, 1996), 121 pp. Son seis conferencias. Léase la tercera: «Intellectual exile: Expatriates and marginals».

⁶ Pedro Salinas y Jorge Guillén, *Correspondencia 1923-1951* (Barcelona: Tusquets, 1992), 631 pp. Ver también Pedro Salinas, *Cartas de viaje 1912-1951* (Valencia: Pre-textos, 1996), 281 pp.

en la *fragilidad*, como característica de un mundo moderno. El propio Pedro Salinas, en sus cartas a Katherine, resume esa experiencia vital cuando exclama: «*En leves mundos frágiles hemos vivido juntos*». El segundo libro de Bauman que revisamos aquí trata precisamente de *On the Frailty of Human Bonds*. Es, pues, una coincidencia. Para viajar mucho hay que llevar poco equipaje, ser simpático, pero estar continuamente alerta. Las tres son características que describen el mundo postmoderno. Otra es que en esta sociedad líquida se crece acostumbrándose a un estado de desorientación permanente. La fragilidad no es, pues, sólo de la persona física, sino también del sistema. Son realmente «leves mundos frágiles». A menudo el poeta ve más que el sociólogo; como señala Bauman, los sociólogos/as raramente escribimos poemas.

«Sociología es la contestación. ¿Pero cuál era la pregunta?». *Liquid Modernity* copia ese pensamiento cínico de Ulrich Beck. La pregunta es si los seres humanos queremos vivir en las condiciones en que se nos presenta esa vida. Los sociólogos/as, expertos, delimitan la frontera entre realidad y ficción, entre ser y deber ser, entre lo que existe y el deseo. Quizás para eso les pagan. Aunque, para Bauman, les deberían pagar para hacer accesible lo imposible. Para cambiar algo se necesita saber cómo funciona el mundo. Los seres humanos —sujetos frágiles— tienen que ser protegidos en su deseo de poner en duda si el tipo de vida que se les presenta es el que quieren. La sociedad actual es un caos. Es una anarquía que busca forma y orden. Pero sospechamos que esa forma (y orden) no va a ser nunca fija, sino que va a permanecer en estado líquido. Como en *Rashomon*, es difícil conocer la verdad, incluso se duda de que la haya.

La ausencia de un significado unitario y fijo es la quintaesencia de la modernidad. La incertidumbre es la característica básica de la naturaleza humana, y la Sociología debe aceptarlo. La modernidad líquida, para Bauman, debe llevar a la promoción de la autonomía y la libertad de los seres humanos. Es como escribir un libro, la vida sólo se aprende a vivirla (y no siempre) al final. Entonces es cuando se descubre lo fácil que era escribir el libro. La Sociología ayuda a entender el sufrimiento característico que produce el orden social. El objetivo es permitir a las personas que sufren descubrir la posibilidad de relacionar su sufrimiento con las causas sociales que lo generan. Tal vez eso tan simple sea el objetivo de la Sociología postmoderna. Se reniega así de un orden social causante de la infelicidad de los seres humanos. Late la esperanza de que existen mundos alternativos, posibilidades de vida con menos sufrimiento social, que hay vida en Marte. El objetivo es garantizar a la población que sigue teniendo libertad de escoger, basada en un conocimiento más real de la realidad (valga la aparente redundancia). Bauman termina su primer libro «líquido» señalando que una Sociología no comprometida es imposible.

Las personas están desorientadas, en un mundo aparentemente organizado pero que en el fondo es caótico. Ése es el talante de los/as nuevos jóvenes. En el segundo libro, Bauman acepta la fragilidad, pero inventa una nueva perspectiva social. En la vieja Europa observa la aparición de una generación diferente, con características específicas respecto a generaciones anteriores. Este fenómeno es internacional, pues el proceso de globalización y la difusión de internet homogeneizan los procesos de creación de generaciones. Se produce un

proceso de isomorfismo⁷. Incluso es posible que estas nuevas cohortes de veinteañeros/as sean consecuencia del proceso de globalización y modernidad. Es complicado asegurarlo, pues apenas tenemos perspectiva para entender bien esa generación. Bauman define la cohorte de jóvenes como «líquida», en contraposición a «sólida». España participa de esa tendencia, aunque lógicamente no se aplica a la juventud de forma total, sino a algunas vanguardias, localizadas sobre todo en centros urbanos como Madrid o Barcelona. El concepto de «generación líquida» aparece en el segundo libro, *Liquid Love*, publicado tres años después de *Liquid Modernity*⁸. Se supone que llegan ahora a los veinte años los/as pertenecientes a una nueva generación. Europa y las Américas han experimentado varias generaciones sucesivas: la de postguerra (de la segunda guerra mundial), *beatnik*, *hippy*, genera-

ción X y bobos (bohemos/burgueses), entre otras menos definidas⁹. Actualmente se trata de una generación plenamente intercomunicada, que se caracteriza porque sus relaciones interpersonales son especialmente frágiles. Es una generación que se inaugura con el conocido libro de Bret Easton Ellis *Less Than Zero* (equivocadamente traducido como «Menos que cero», cuando debería ser «Un cero a la izquierda»)¹⁰. Es una generación con bastantes personas que se consideran —o incluso que objetivamente son— autofracasadas, perdedoras, adictas. Lo distintivo de esa generación es que es eminentemente tolerante, no autoritaria, pero su nivel de cinismo (o maquiavelismo) puede ser elevado¹¹. Es además una generación extraordinariamente móvil. Son jóvenes sin una causa ideológica con la que comprometerse, sin un futuro claro sobre el que programar. Son jóvenes que intentan cons-

⁷ Véase nuestro artículo «Isomorfismo y serendipidad en la Sociología norteamericana», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 107 (2004), pp. 181-224.

⁸ Zygmunt Bauman, *Liquid Modernity* (Cambridge, Reino Unido: Polity Press, 2000), 228 pp., y *Liquid Love: On the Frailty of Human Bonds* (Cambridge, Reino Unido: Polity Press, 2003), 162 pp. Para una discusión sobre generaciones, véase Jesús M. de Miguel, Emilio J. Castilla y Jordi Caïs, *La sociedad transversal* (Barcelona: Premio Miquel Àngel Terribas, Fundació La Caixa, 1994), 312 pp.

⁹ En España las generaciones son algo diferentes, desde la famosa generación del 98 (1898), la del 27, lógicamente la del franquismo, la de la transición democrática, etc.

¹⁰ Bret E. Ellis, *Menos que cero* (Barcelona: Anagrama, 2000), en la Colección «Compactos de Anagrama». Del mismo autor conviene leer también *The Rules of Attraction*. Unos años después debe leerse Stephen Chbosky, *The Perks of Being a Wallflower* (Nueva York: Pocket Books, 1999), 213 pp. El título se resiste a ser traducido. Las obras de David Sedaris, especialmente *Naked* (Nueva York: Little, Brown and Company, 1997), 291 pp., son también parte de una misma descripción generacional.

¹¹ A un grupo de informantes se les aplicó la *Escala F*, obteniendo la mínima de puntaje de fascismo (o nazismo) de la historia de España entre jóvenes; pero también se les aplicó la *Escala M* de maquiavelismo, dando puntajes bastante altos. Una combinación curiosa es que la mayoría de ellos/as mantenían un puntaje de *F* por debajo de la media y, al mismo tiempo, un puntaje de *M* por encima de la media. Esto puede parecer incompatible, pero define bien esa generación líquida.

truir y planificar su vida, pero las condiciones en que se encuentran no les favorecen. Se debaten entre seguridad y libertad.

En los países avanzados, la mayor parte de la juventud actual mantiene una actividad frenética de relaciones. Su vida es una intercomunicación continua a través del teléfono móvil, teléfono fijo, internet y chat. La conexión en España es mucho mayor en telefonía móvil que en correo electrónico, MSN o *messenger* a través del internet. El 80% de las personas de 16 a 24 años en España posee teléfono móvil; entre niños/as de 10 a 14 años, el 34% posee móvil. Si nos podemos creer las estadísticas, lo usan mucho más las niñas (40%) que los niños (29%). Pero solamente el 43% de los hogares españoles tienen ordenador, aunque el 59% de los niños/as de 10 a 14 años utilizan ordenador en su casa o en la escuela. Pero el acceso a internet es solamente del 25% de los hogares. Más de la mitad de los hogares españoles que tienen ordenador están conectados a internet. Hay diferencias regionales, que siguen las pautas de desarrollo: el acceso a internet es el 32% de los hogares en Cataluña y menos de la mitad (14%) en Extremadura. El uso de internet es bastante menor que el del teléfono móvil. Existen diferencias generacionales: el 68% de jóvenes de 15 a 24 años se han conectado a internet al menos una vez en los últimos tres meses, mientras que son solamente el 2% de

las personas mayores de 65 años. Así como las mujeres utilizan mucho más el teléfono móvil que los varones, en cambio, *internet es cosa de hombres*: 38% de varones se conectan a internet frente al 31% de las mujeres. Hay que tener en cuenta que cuando decimos «internet», el 79% lo que hace es conectarse a correo electrónico¹². España mantiene, pues, niveles muy altos de telefonía móvil, y niveles bajos de acceso de ordenador, al revés que Estados Unidos. Eso favorece en España una cultura eminentemente oral, sincopada, inarticulada.

Tanto el correo electrónico como los chats, e incluso los mensajes por teléfono móvil, producen en la práctica diaria un lenguaje con palabras y frases sincopadas, utilizando mucha grafía pseudo-ácrata (utilización de la «k»), expresiones de sentimientos estereotipadas (como «jejeje»), caras sonriendo o serias, con apenas construcción de ideas elaboradas ni razonamientos, y una carencia relativa de entradas o despedidas. Se enmascara en expresiones como «wuenas», simplemente «hola ola», o «salu2», con ausencia de despedidas personales. Esto es en parte por economía, y en parte porque se espera que los mensajes sean continuos, que no se terminen ni empiecen, sino que se solapen. En España, la articulación de razonamientos en conversaciones informales no es un valor que se considere importante. Se supone que tiene que ser una

¹² Las cifras corresponden a Instituto Nacional de Estadística, *Cifras INE: Boletín Informativo del Instituto Nacional de Estadística*, 1 (2004), 8 pp. También se puede ver en www.ine.es.

comunicación «graciosa», simpática, ligera, *light*. Es parte de la norma cultural española de que hay que ser gracioso/a. El proceso de infantilización en ese tipo de comunicaciones se observa incluso en personas ya maduras. No existe una explicación clara para esa conducta. Lo importante es estar interconectado y no parar, no tanto lo que se comunica —que suele ser meramente gracioso (o ni siquiera eso)—. A veces se trata de seducir mediante un lenguaje fácil y aniñado, intercomunicando mensajes con doble sentido. Esa comunicación produce un placer difuso, que va creando relaciones semi-íntimas, poco arriesgadas para las personas.

Un miembro de esa generación líquida, de 19 años, en Barcelona, señala que internet y el teléfono móvil «dan una gran libertad de palabra a las personas ya que la presencia física de otra persona delante de ti (o su voz) coarta tu voluntad de decirle según qué. Gracias a internet y al móvil es mucho más fácil hablar de amor, de la vida y la muerte, de sexo, de temas tabú o sencillamente importantes. Una vez que lo has hecho con una persona a través de in-

ternet, resulta más fácil volver a hacerlo, pero esta vez cara a cara. Yo diría que mi generación tiene mucha más facilidad a la hora de hablar de temas como éstos que las generaciones que la han precedido. Intuyo que en gran parte es porque las telecomunicaciones nos allanan el camino. La comunicación en la *generación líquida* es más simplista, quizás menos razonada, pero mucho más abierta y libre que en generaciones anteriores»¹³. A través de internet-y-móvil se compromete poco y se sufre poco. Se conecta y se desconecta con facilidad. Se dice que en el hielo fino la vida del patinador depende de la velocidad. Lo mismo ocurre con las conexiones por red o por ondas: la calidad se sustituye por la cantidad. Lo importante es cuántos mensajes se reciben al cabo del día, no tanto lo que se comunica. El estilo es «Me gustaría hablar contigo, cuando puedas. Necesito oír tu voz...»¹⁴. Los dramas se producen cuando los mensajes supuestamente enviados a una persona se envían a otra por error. Es cuando se suele descubrir que los/as jóvenes están jugando a máscaras con varias personas al mismo tiempo. La mentira es moneda corriente, quizás porque nadie

¹³ El mismo informante continúa: «Si conocer a una persona interesante por internet no sirve para tener algún tipo de contacto real con él/ella, entonces la relación acaba muriendo porque progresivamente deja de tener interés. Si hablar por internet con un amigo, amiga, pareja o conocido/a no sirve para obtener algún beneficio en la vida real (más confianza, más afecto, sexo, amor, etc.), entonces o bien deja de tener interés o bien produce una frustración de mayor o menor intensidad. La realidad virtual nos prepara para hablar con los otros sobre temas importantes o sobre temas tabú. En definitiva, la generación líquida no tiene bastante con internet y el móvil; no son sino instrumentos para facilitar su vida social real. Son instrumentos percibidos como muy poderosos, prácticamente imprescindibles».

¹⁴ Mujer, 21 años, en Barcelona. Sobre la utilización del correo electrónico como red de estudiantes puede verse el programa *Thefacebook*, en el artículo «Have you "facebooked" him: New digital networks have quickly become part of social life on campuses», en *The Chronicle of Higher Education* (28 mayo 2004), pp. A29-A30.

cree realmente en la realidad que se falsifica. Se miente para sobrevivir, pero se miente tanto que al final no se sabe la frontera entre la realidad y la ficción.

La juventud no es así porque quiere, no es líquida porque le gusta serlo, sino por las condiciones de la estructura social. La mayor parte de la juventud (en esos países avanzados) utiliza con soltura —y continuamente— métodos múltiples de interconexión, sobre todo los sistemas de comunicación más baratos: mensajes cortos por móvil (0,15 € por mensaje) y llamadas perdidas. La razón es que realizar conversaciones largas y elaboradas por telefonía móvil es carísimo. Quizás la demanda de ahorrar lleva a comunicaciones sincopadas, en donde apenas hay ideas articuladas ni se comunican conceptos abstractos. Basta conectarse, saber que la otra persona está conectada esperando contestación inmediata. Se establece un ritual de la velocidad con que se debe contestar, en función del interés por la otra persona. También se establece un orden de quién paga la conversación, al devolver inmediatamente o no una llamada perdida, o incluso contestar diciendo: «*Cuelga, que te llamo inmediatamente*», «*Te llamo yo ahora*». La persona que debe asumir el coste de la llamada depende de una combinación de quién es la que demanda el favor, o quién posee más recursos económicos, o la de más edad. Hay ri-

tuales de juego para ver quién paga las llamadas sin retorno, así como rituales para concluir conexiones. En personas más adultas, aunque la telefonía móvil permite contestar en cualquier lugar, la realidad es que no se descuelga el aparato, no se contesta inmediatamente. Así se van programando las contestaciones según se desea. Curiosamente, la tecnología permite avances que luego la estructura social los transforma.

El proceso de individualización es acelerado. En la Europa meridional, tradicionalmente, el sentimiento comunitario es importante. Pero cada año se observa un incremento evidente de individualización. En ello, España se parece cada vez más a los países europeos centrales, protestantes. Bastantes jóvenes de la generación líquida viven todavía con sus padres¹⁵, pero algunos/as comunican poco con sus padres, estableciendo estructuras de entendimiento basadas fundamentalmente en la mentira, el engaño o, simplemente, la no información. Otras sociólogas consideran que la comunicación intergeneracional en España es elevada, en parte porque apenas hay intimidad dentro del hogar. Muchos/as jóvenes que viven con sus padres no tienen un cuarto individual propio, así que la vida familiar la realizan fundamentalmente en el cuarto de estar, enfrente de la tele. La sinceridad total (limitada al medio de comunicación) se reserva para la intercone-

¹⁵ Para analizar ese proceso, véase Pau Marí-Klose, Marga Marí-Klose y Jara D. Sánchez, *Edad del cambio* (Madrid: Premio de Investigación del Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005), en prensa.

xión en red. No se utiliza apenas el móvil o internet con la generación de los padres ni con la familia, mucho menos el chat. Es menos importante lo que se comunica (a menudo no se comunica nada, sencillamente se trata de estar interconectado/a, o de ser gracioso/a) que el hecho de estar interconectados continuamente... mientras duren las pilas de litio. En España el valor fundamental es todavía «me lo pasé muy bien», «nos reímos mucho». Eso se refuerza por ser España un país con una gran cantidad de jóvenes viviendo en casa de sus padres. Es realmente un país insólito, diferente a la Europa central y, sobre todo, respecto de los países escandinavos.

Se dice que se aprende más de los fracasos (y errores) que de los éxitos. Una persona se da cuenta de las cosas solamente a través de la frustración que producen. La compulsión por estar interconectados continuamente, y el deseo de tener relaciones satisfactorias, se acentúa por el hecho de que esas relaciones líquidas apenas producen satisfacción. No son profundas ni estables. En la generación actual, la estabilidad, el compromiso, la idea de futuro y el trabajo o disciplina no suelen ser valores prioritarios. No porque no se quiera, sino porque la estructura social lo obliga. Si se establece un compromiso con otra persona se piensa

que se está perdiendo la oportunidad de conectar con personas más interesantes aún. La definición de «interesante» es peculiar, pues al final tampoco se profundiza lo suficiente con esa persona nueva, por el miedo de perder la oportunidad de conocer a alguien más interesante aún. Cuando una relación interpersonal es satisfactoria, se supone que el coste de tiempo o de esfuerzo es excesivo, que no compensa. A todo esto se le podría aplicar la *rational choice theory*¹⁶.

Según Bauman, para bastantes jóvenes de esta generación, el compromiso —sobre todo a largo plazo— es una trampa, una incomodidad que genera alternativamente *aburrimiento* o *agobio*. Dado que el concepto de «amor» suele venir asociado al de infinitud y eternidad (se ama de verdad cuando se piensa que es «para siempre» o, por lo menos, «hasta que la muerte nos separe»), en la generación líquida es usual encontrar personas que aseguran que nunca se han enamorado, que no saben qué es el amor, que consideran que el amor no existe. Las demás personas de la red son para usar y tirar, son *kleenex*, como popularmente se conoce a este tipo de amistades¹⁷. Es preferible un amor *light* que no el cerrar posibilidades románticas a otras relaciones que podrían ser más satisfactorias y placenteras. El placer,

¹⁶ Pau Mari-Klose, *Elección racional* (Madrid: Cuadernos Metodológicos, n.º 29, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2000), 197 pp.

¹⁷ Es una generación llena de palabras en inglés, aunque hay un cierto espíritu antiestadounidense.

sobre todo el placer instantáneo, es el objetivo fundamental de las relaciones interpersonales. Por eso las relaciones se definen como ligeras (no permanentes) y sueltas (en el sentido de que no comprometen sentimientos). Si las relaciones instantáneas dan placer, ¿por qué renunciar a ellas? Estos valores explican que la generación líquida sea muy tolerante (bajo puntaje de la *Escala F* de Adorno) y al mismo tiempo bastante cínica (puntaje alto en la *Escala M*). El objetivo es que los otros nodulos de la red «no se enfaden», es decir, que permanezcan interconectados. El qué se hace con ellos/as es menos importante o perentorio.

Puede deducirse —equivocadamente— que esta generación se define en términos negativos respecto de la anterior. Ciertamente, rechazan algunos valores del mundo de los adultos, pero no todos. Se rebelan pero no articulan esa rebelión. Se dice que los jóvenes actuales son políticamente más conservadores, menos comprometidos en política, menos revolucionarios. Pueden venir asociados a actitudes independentistas, nacionalistas y ákratas (*sic*). Pero no hay una visión homogénea de esa cohorte de jóvenes, y suponemos que las disparidades geográficas son considerables. Las diferencias son mayores que los elementos comunes, pero hay características que sugieren que, efectivamente, estamos ante una nueva generación: jóvenes de unos veinte años, en España más de la mitad de ellos/as en la Universidad, en Estados Unidos más del 80%. En España, las características que les definen como «generación» y no meramente como «cohorte demográfica» les permiten sobrevivir en una estructura social determinada, que ofrece poco espacio privado íntimo y falta

de seguridad de empleo o de vivienda. En ese sentido no son innovadores, sencillamente están utilizando los pocos recursos que tienen para sobrevivir y mantener un cierto poder dentro de la estructura social dominante. Acomodan su felicidad a las posibilidades limitadas de obtenerla. Suponen que los fines justifican los medios y, por eso, su nivel de maquiavelismo (cinismo) puede ser alto.

La nueva generación líquida tiene un concepto peculiar del *tiempo*. Aunque el nuevo sistema de relaciones interpersonales no produce una satisfacción profunda, ni se construye casi nada, se supone que el tiempo es escaso. Todos/as se quejan de falta de tiempo, pues no hay un límite numérico para interconexiones; idealmente podrían ser infinitas. La carencia de tiempo, el estrés en la vida cotidiana, es una de las características del mundo contemporáneo. Lo que ha cambiado en la generación líquida es que la interconexión continua, instantánea, deja poco espacio para la planificación del futuro, pues se vive fundamentalmente en el presente. En España eso facilita la vida, pues los trabajos para jóvenes son precarios, el coste de la vivienda altísimo, y las posibilidades de establecer una vida de pareja permanente son limitadas. La intimidad es fundamentalmente virtual. La tasa de natalidad es así una de las más bajas del mundo. Apenas se planifica el futuro, sino que se vive el presente. Todo gira en torno al tiempo presente, o de las próximas dos horas. Lo que parece una actitud moderna es en realidad una demanda del mercado. La falta de intimidad intrafamiliar favorece también la vida nocturna, en la calle, pues la residencia de los/as jóvenes es fundamentalmente la vivienda de sus padres. En ese mundo público

una cualidad es ser gracioso/a. Todo da una idea de provisionalidad, y de utilización de esa provisionalidad como forma de estructurar la vida individual y el placer personal.

El objetivo es que las relaciones interpersonales sean múltiples (que el teléfono móvil suene incesantemente) y de compromiso limitado. La velocidad es el objetivo. Esta actividad no favorece el establecimiento de parejas (diadas), sino de redes, grupos de amistades o de personas interconectadas, que a su vez establecen conexiones entre ellas. En un mundo como el español, en que la amistad y la envidia son importantes, esas redes permiten una actividad frenética a lo largo del día y, sobre todo, durante el fin de semana. Curiosamente, durante el fin de semana no se utiliza tanto internet. No se establecen citas con antelación, sino que se espera para «quedar» a alguna comunicación a última hora por móvil o por internet. Se suele «salir» con alguien, pero seguir conectada con otra persona por el móvil. Este sistema discrimina mucho contra personas aisladas, con pocos recursos de interconexión, escasamente populares (o poco graciosas). Una persona joven sin teléfono móvil no puede vivir en una sociedad que es plenamente globalizada y móvil. Pero la propia velocidad impide una comunicación estructurada o articulada. La red es una matriz de personas que se conectan y desconectan continuamente. En el *messenger*, el proceso se inicia aceptando a una persona la entrada a la red. Posteriormente esa persona puede ocultar la identidad con un nombre distinto, a menudo desorientador, para que las otras personas al conectar se interesen por el contacto. Esos nombres pretenden ser graciosos o equívocos, pocas veces

son referencias cultivadas o intelectuales. El nivel de utilización de palabras de contenido ambiguo es también elevado. El mundo europeo meridional confunde continuamente la ética con la estética.

Las conexiones en la red suponen *relaciones virtuales*, a veces de personas que ni siquiera se conocen personalmente. Algunas veces son personas que mienten sobre su edad o género (se hacen pasar por mujer cuando en realidad son un varón, o al revés). Las relaciones virtuales son fáciles de iniciar y terminar. Siempre queda el recurso de eliminar de la lista de favoritos una dirección concreta de correo electrónico. También se puede desaparecer o cambiar de nombre. Es un mundo en el que se es libre de entrar o de conectar a alguien a la red. Pero no es un mundo libre que permita no estar en ninguna red. En un mundo interconectado, la persona que permanece al margen se margina (nunca mejor dicho), es decir, se autoexcluye, es como *being a wallflower*. Si no se reciben llamadas o conexiones, una persona apenas existe socialmente. Como las relaciones son poco profundas, y se supone que van a durar poco, se sustituyen las relaciones de pareja profundas por redes cambiantes. La red permite que las personas entren y salgan con personalidades distintas, con género equivocado a veces, edades diferentes, gustos distintos. La red es una matriz de pseudointimidad compartida, que se basa bastante en deshonestidad y mentira. Una misma persona se muestra de formas cambiantes y distintas, hasta el punto de que algunas tienen problemas serios de identidad real. Una persona que crea continuamente «personas» distintas, termina no sabiendo realmente cómo es ella misma.

Se dice que el amor y la muerte atacan por la espalda, que no avisan cuando llegan. No se aprende a morir, igualmente que no se aprende a amar. La generación líquida desarrolla estrategias para tratar de evitar ambas¹⁸. Una parte de la juventud rechaza enamorarse, igual que las personas evitan la muerte. En el caso de la muerte, una persona tiene la experiencia del fallecimiento de «los otros», familiares o amistades. Pero en el amor apenas existe la experiencia proyectiva de «los otros». El aprendizaje de la muerte es muy limitado. El del amor se resume en técnicas y sistemas de «hacer el amor». Se supone que hacerlo mucho es una forma de aprender, cuando en realidad no lo es. A menudo es lo contrario. Las personas que cambian de pareja sexual tienden a objetivar a la otra persona, que sirve fundamentalmente como un instrumento de alcanzar el orgasmo con el mínimo de recursos gastados. Maximizan además la posibilidad de contraer sida¹⁹. Se muere una sola vez, pero una persona se enamora varias veces en su vida. Pero cada enamoramiento se supone que es el último, que va a durar toda la vida. En ese sentido se parece a la muerte.

Nacer y morir es una experiencia única —de una sola vez— y no se puede aprender a hacerlo *mejor* la próxima vez. En el caso del amor, eso es posible, aunque de forma limitada. El amor en tiempos de la generación líquida ya no es una relación «hasta que la muerte nos separe»²⁰. La juventud prefiere no pensar en el futuro; tampoco en la muerte como terminación del amor; mucho menos en la muerte producida por el amor (sida). «Hacer el amor» es a menudo equivalente a una relación de fin de semana. Se supone así que la experiencia acumulada de fines de semana haciendo el amor produce un estilo mejor de hacer el amor. Más bien existe la compulsión de hacerlo otra vez, de no parar, de no profundizar. Según Bauman, la generación líquida evita la solidez de una relación con compromiso y, por lo tanto, apenas se pasa de un primer contacto físico. A menudo ese contacto se realiza inconsciente (drogado, fumado, bebido) para favorecer la relación íntima sin crear problemas de conciencia o de vergüenza. Por la mañana (supongamos esa situación) aparece un sentimiento de culpabilidad, que se va disipando a lo largo del día o de la semana. El amor líquido no es romántico, el

¹⁸ Aunque la sociedad contemporánea comercializa el sentimiento humano. Véase para esa idea el excelente libro de Arlie Russell Hochschild, *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling* (Berkeley: University of California Press, 1983); aquí manejamos la edición del veinte aniversario, de 2003, con 327 pp.

¹⁹ Jesús M. de Miguel y David L. Kirp, «Spain: An epidemic of denial», pp. 168-184, en David L. Kirp y Ronald Bayer (eds.), *AIDS in the Industrialized Democracies: Passions, Politics, and Policies* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1992), 393 pp.

²⁰ Tampoco lo es de «en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad». No hay redes con enfermos/as.

amor no se *siente*, sino que se *hace*. Eso crea una frustración permanente que retroalimenta los contactos frenéticos.

Eros y Tánatos; se entiende el amor a través de la muerte y viceversa. Al menos en los varones universitarios, de Sociología, en la Universidad de Barcelona, llama la atención que muchos de ellos desean morir haciendo el amor (literalmente) o ¡mientras el Barça mete gol en la liga de fútbol y gana! Las metáforas de morir en el momento del orgasmo, o cuando el balón entra en la portería, son muy gráficas. Los pares amor/odio, amor/muerte, eros/tánatos, incluso miedo/alegría, están presentes en muchas de esas concepciones ideales de muerte. El amor tradicional se basa en humildad, coraje, fe, disciplina, incluso trabajo. Esos valores son poco apreciados por la generación líquida. Por eso parece que apenas existe amor —salvo el eufemismo de «hacer el amor»—, lo que no es necesariamente cierto. Sencillamente, lo que culturalmente se denomina «amor» es un sentimiento y actividad que va cambiando con los tiempos. Supone un código distinto según las generaciones. El amor dentro de la red, instantáneo o de fin de semana, es bastante diferente de un amor procreador, que se basa en grandes dosis de sacrificio y coraje. Ambos tipos han sido condicionados por la estructura social, no son elegidos libremente. Pero no queda claro cómo las personas actuales aprenden a amar o a morir. Existe una cultura común, que se transmite oralmente o por la red. No se es consciente de los modelos ideales (canon) de muerte, así como tampoco se es consciente de que las relaciones íntimas están pautadas por la sociedad.

Se dice que la muerte y el amor son experiencias que producen miedo o temor. El amor enmascara ese temor profundo con una dosis elevada de deseo y excitación. El amor simula una rosa con espinas; el amor se reconoce muchas veces por el sufrimiento que produce, no tanto por las alegrías o el placer. Pero tradicionalmente desarrolla una actividad elevada de cuidado de la otra persona, y deseo de preservar el objeto de ese cuidado. El amor se *da* a la otra persona. Amar es regalar y cuidar, proteger y acariciar. Pero al mismo tiempo pretende poseer, a veces incluso consumir. Se auto-perpetúa y desea ser eterno. En cambio, en la generación líquida se persigue el placer instantáneo, se evita diferir satisfacciones. En el Weber de la ética protestante y el espíritu del capitalismo, una variable explicativa fundamental es diferir gratificaciones, ahorrar, ser austero/a. En la generación líquida el diferir gratificaciones es una conducta inusual. En el mundo de la velocidad y el placer instantáneos, el sacrificio de diferir gratificaciones resulta inexplicable. En una relación de compromiso —sólida, permanente— lo que se intenta conseguir es la seguridad, compañía en la soledad de la vida, ayuda en la lucha por la existencia, apoyo moral continuo, ayuda para desentrañar las *grandes preguntas*, compañía ante la angustia vital. Las relaciones interpersonales son inversiones, como en economía. La relación sólida asegura placer, cuidado, apoyo, solidaridad, cariño.

La generación líquida parece tener problemas en gestionar sus propios sentimientos. Definimos un modelo o tipo ideal, pero en realidad cualquier relación interpersonal (por ejemplo, de pareja) supone una falta de certeza perpe-

tua. Dentro de una relación se puede sentir la soledad tanto como estando soltero/a²¹. El tipo de ansiedad es diferente, pero existe igualmente. Se considera que cuando el amor es inseguro —casi siempre— las personas oscilan entre *controlar a* o *asentir con* la otra persona. Las relaciones se mueven así entre la *aceptación* (o sumisión) y el *poder* (o control de la otra persona en cuerpo y alma). La relación de pareja es esencialmente inestable. Lo que más se teme es la separación de la otra persona. Con las modernas tecnologías, la separación es mucho menor pues la comunicación a distancia es instantánea, y se pueden utilizar diversos sistemas. La persona amada se convierte así en espejo: la otra persona refleja los méritos o virtudes propios. En la interconexión móvil y continua, ese espejo se multiplica produciendo reflexiones múltiples. La definición del yo en la vida cotidiana —al estilo de Erving Goffman— se realiza entonces dentro de una red intercomunicada. El amor se dice que está lleno de energía constructiva (imaginativa) pero al mismo tiempo de energía destructiva, cercana al concepto de muerte. La inseguridad del amor es similar a la inseguridad de la muerte. Para la generación líquida, cuanto menos se invierte en una relación, menos posibilidades de inseguridad o de destructividad existen. Cuando apenas hay emociones, las fluctuacio-

nes de sentimientos son menores. El amor es compromiso; hacer el amor es fundamentalmente extrañeza respecto de la otra persona y de una misma. El orgasmo produce generalmente extrañamiento respecto de la pareja, una tristeza e inquietud incluso mayor que antes del orgasmo.

La generación líquida rechaza lo que es sólido y durable, cualquier compromiso del futuro. Sospechan que vivir juntos puede ser un tormento. Pero el problema es que carecemos de claves suficientes para saber si la relación durable de pareja va a ser exitosa o no. ¿Se aprende a vivir en pareja? Es como si se aprende a morir desfalleciendo, o a amar haciendo el amor. No es seguro. En Sociología hay datos suficientes para demostrar que la experiencia negativa puede generar más experiencias frustradas. Las personas que más se divorcian son las divorciadas, así como las mujeres que más abortan son las que ya han abortado alguna vez. La vida en pareja no es necesariamente una protección contra la soledad de la vida²². La mejor lucha contra la soledad es una buena red de interconexiones continuas. No hay que preocuparse por el contenido de los mensajes, lo importante es que una persona esté conexas y tenga el apoyo (débil) de otros muchos punto de la

²¹ Este tema se discute mucho mejor en la tesis doctoral de Marga Marí-Klose, *Soledades* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2005).

²² Ídem.

red²³. Las frases que se escriben son así poco concluyentes, no terminan, se abrevian, su significado aparece truncado. Todo ello favorece la velocidad de la comunicación y, por lo tanto, la supervivencia dentro de la red. Lo importante es comunicarse, no lo que se comunica. Para esta generación, en el amor lo importante es la unión, no lo que se dice antes o después de hacerlo. Todo sugiere una actividad frenética, superficial, poco sólida. El único objetivo es estar conectada, y que la comunicación siga. Si una persona deja de escribir, se aísla. El silencio es equivalente a la exclusión del grupo. Fuera de la red es la nada. Todas las personas tratan de no sufrir, de no ser excluidas. El ser humano es mortal, la red puede ser inmortal... de hecho lo es. Hay una cierta comparación entre el ser individual mortal y la supervivencia de la especie. La red proporciona un simulacro de vida, de alegría, de actividad frenética, de velocidad, de falta de tiempo, de comunidad. Bauman señala la tensión que existe continuamente entre comunidad e individualismo. Pero en esa comunidad existe la sospecha de que todo es una gran mentira, de que se está viviendo en el error porque no se analizan las preguntas más importantes. Cuando la duración y solidez no es el objetivo, lo es la velocidad del cambio. ¿Es posible imaginar cómo va a ser esta generación líquida cuando sus miembros tengan cincuenta años?

La personas no van ya a ninguna parte sin el teléfono móvil. Es su bien máspreciado. Sólo

dentro de una red de conexiones instantáneas una persona se considera invulnerable. No importa el puesto que se ocupa en la red, pues es un mundo móvil y democrático. Todos los nodos son igualmente importantes. Durkheimianamente, la red existe a pesar de las personas que la componen. Si una se aísla siempre habrá otra que pueda asumir su posición, u otra que se incorpore a la red. Otra esperanza es «ya volverá». Las personas se «ven» a través de la pantallita del móvil. Tampoco existe el espacio; una persona contesta en cualquier sitio. No importa dónde se está, pues la interconexión es continua. Puede incluso contestar desde el cuarto de baño o desde el autobús. Los espacios se diferencian en si tienen o no «cobertura». Hay espacios de incomunicación (como el metro) que generan cierta angustia porque no permiten recibir llamadas. Curiosamente, en la generación líquida existe una liberación del *espacio*, pero no del *tiempo*. Cualquier sitio es bueno para entablar una interconexión; pero el tiempo apremia porque la conexión cuesta dinero, y porque quita tiempo para conocer a personas más interesantes. Existe una proximidad virtual, no real. Esto es funcional en el caso español, donde las personas jóvenes no poseen un espacio propio. ¡Su hogar es el teléfono móvil! La realidad es entonces virtual, y la *presentación del yo en la vida cotidiana* se realiza a través de esa realidad virtual.

²³ Josep A. Rodríguez, *Análisis estructural y de redes* (Madrid: Cuadernos Metodológicos, n.º 16, 1995), 86 pp.

Tanto la estructura de la sociedad como la realidad social están cambiando aceleradamente. La realidad virtual no prepara para la real: ¡es la verdadera realidad! No se utiliza el móvil, o los chats, o el correo electrónico para preparar encuentros no virtuales. Esas relaciones virtuales forman parte de la verdadera realidad. Las personas viven en una especie de refugios antiatómicos individuales (aislados en pequeños cuartos dentro de los pisos urbanos de las ciudades españolas), siempre con el móvil al alcance de la mano, incluso cuando van al cuarto de baño. Muchos jóvenes se aíslan así en su cuarto, con la red instantánea al alcance de la mano (móvil o internet), en vez de relacionarse con las personas de la familia. Se alternan entonces el teléfono móvil con el fijo, para maximizar conexiones: permitir dos conversaciones al mismo tiempo, y distribuir el coste entre varias generaciones (padres/hijos, por ejemplo). Incluso se pueden establecer relaciones íntimas a través de la red, sin tener que tocar ni acariciar a otro ser humano real. Las relaciones se empiezan y se terminan a voluntad, sin peligro de contaminación por virus o enfermedades. El placer puede ser real, con un riesgo mínimo. Todas las demás personas de la red son objetos de consumo, de placer. Unos por otros: hoy por mí, mañana por ti. Cada nódulo de la red es dador de placer y receptor, depende de cómo se establezca la conexión. A menudo se trata a las personas como objetos, midiendo cínicamente la cantidad de placer que «esos objetos» pueden proporcionar. La necesidad de autoestima se mide así por la cantidad de amor que otras personas de la red pueden proporcionar.

La fragilidad, flexibilidad y estado líquido de las relaciones humanas de la nueva genera-

ción son considerables. Nunca antes había existido *una generación tan líquida en un mundo globalizado*. Las relaciones interpersonales dentro de la red son extremadamente frágiles. Nadie parece sufrir mucho, pero tampoco se construye. El ser humano individual es dispensable, poco necesario. Lo importante es la supervivencia de la red. La estratificación de la sociedad se basa cada vez más en la movilidad de las personas, en su pertenencia a una u otra red. Todas esas *comunidades* son imaginarias. Los/as sociólogos sospechamos que también se estratifican por clase social y por educación formal. Toda red establecida en base a palabras (a lenguaje) discrimina por clase social. Las redes que se forman son clasistas. El común denominador es un lenguaje infantil, sincopado, interrumpido. Ése es un lenguaje de mínimos, más democrático, donde personas de formación diferente pueden interactuar cómodamente. Si las comunicaciones fuesen altamente intelectuales y racionales, muchas personas se sentirían excluidas de la red. Lo que priva es, pues, un lenguaje infantil, en donde todas las personas pueden sentirse cómodas e incluso queridas. La era de la globalización se enfrenta con el reto de cómo construir comunidades humanas, verdaderas, durables, dedicadas al *consumo*, más que a la *producción*. La red es así un instrumento poderoso. La generación líquida no ha decidido su estado físico (líquido), sino que le ha venido impuesto por una estructura social determinada.

La generación líquida española tiene sus peculiaridades, que la diferencian del modelo centro-europeo y norteamericano. Eso se nota en las contestaciones al *canon de la muerte* de los/as

jóvenes españoles. La falta de trabajo (no precario o seguro), y la carencia de viviendas baratas, producen una inseguridad añadida en la generación joven. A su vez, esa generación son hijos/as de padres que experimentaron la transición democrática. Muchos jóvenes no tienen un referente familiar claro. Los padres provienen de la generación de *Mayo del 68*, conformando una cohorte inmadura y narcisista. Quizás la falta de madurez de los padres ha producido esta generación desorientada, como dice Bauman. Es una cohorte de padres que apenas han «hecho de padres». El teléfono móvil se utiliza mucho, pues representa el único eslabón de intimidad, de espacio propio. Se vive dentro del móvil más que dentro de la casa de los padres. La noche es un espacio *público* que se convierte en *privado* para esos jóvenes, ya sea en los barrios de copas o en la soledad del cuarto dentro de la casa de los padres, sin hablar apenas con ellos/as. La comunicación es sobre todo a través de comidas y ver juntos/as la televisión. No hay apenas compromiso entre los/as jóvenes y la cohorte de los padres, empleadores, ni tampoco dentro de la red. Todo simula un estado especialmente líquido y al mismo tiempo fluyente. Es una generación inestable, y por ello es posible que cambie pronto. Nada es seguro ni sólido. Ni siquiera su existencia como generación específica.

No hay que creer nunca que la juventud es un conjunto de individuos pasivos y conformistas. No es ésa nuestra visión, aunque a veces lo parezca. Los/as jóvenes —cada vez un periodo de edad más prolongado— lo que hacen desesperadamente es intentar adaptarse a una realidad que también les puede resultar hostil. Para Bauman, la fluidez de la sociedad con-

temporánea dificulta el análisis sociológico. Si las personas aparecen desorientadas, los sociólogos/as aún lo están más. Repátese el contenido de este número de la revista para comprobarlo. Aprender el sujeto de estudio es complicado: fluye, se esconde, escapa. Los/as jóvenes que empiezan a ser sociólogos/as en esta segunda modernidad lo tienen difícil. Aunque la ventaja es que se han socializado precisamente en la inseguridad, desorientación, incertidumbre y caos. Tienen, además, experiencia del sufrimiento que supone el actual orden social. Los dos libros de Bauman —*Liquid Modernity* y *Liquid Love*— terminan sugiriendo lo mismo: se necesita una nueva Sociología. Seguramente van a ser estos/as jóvenes los que la van a escribir. Será verdad si leen estos dos libros de Bauman —y otros innovadores— con detenimiento, sin prisas. Nada sustituye a leer. Así pensamos...

Jesús M. DE MIGUEL
Jara D. SÁNCHEZ

Francisco Herreros

The Problem of Forming Social Capital: Why Trust?

(Nueva York, Palgrave, 2004)

Una lectura detenida del libro de Francisco Herreros nos remite a dos ideas que, en principio, podrían parecer contradictorias. En primer lugar, el texto enlaza con la proliferación de estudios sobre «capital social» que se ha producido